

DISCURSO

PARA EL DÍA 4 DE MAYO.

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Pasado de la Santísima Virgen.

SUBDIVISIONES.—1. Profecías que la anuncian.—2. Nobleza de su sangre.—3. Lo milagroso de su nacimiento.—4. Santificación del mismo nacimiento.

PUNTO SEGUNDO.—Porvenir de la Santísima Virgen.

SUBDIVISIONES.—1. Gloria del Cielo.—2. Terror de los demonios.—3. Esperanza de la tierra.—4. Madre de Jesucristo.

PUNTO TERCERO.—Diferencia entre el nacimiento de la Santísima Virgen y el de los demás hombres.

SUBDIVISIONES.—1. Los hombres nacen en pecado.—2. Los hombres frecuentemente vuelven a caer en pecado.

*Quæ est ista quæ progreditur, quasi auro-
ra consurgens?
¿Quién es ésa que va subiendo como la au-
rora naciente?*

(CANT. VI, 9.)

CUANDO el Cielo, A. H. M., envía al mundo uno de esos niños que un día han de subir al trono, no hace su nacimiento semejante en el fondo al del último de sus futuros súbditos, señala, sin embargo, el del vástago real con dos circunstancias particulares que lo distinguen á los ojos del pueblo. Estas circunstancias son la grandeza pasada de su familia y su grandeza personal futura. Esto es lo que le da anticipadamente el afecto de los corazones, y lo que hace su cuna respetable á la nación.

En este día, A. H., en que honráis á la Reina de los Cielos en su nacimiento, me propongo daros una idea de la grandeza de este suceso, mostrándoos el esplendor que le precedió y el que le siguió. Traduciendo en espíritu al pie de su cuna, os haré ver cómo el pasado y el porvenir traen á María, como regalos magníficos, el uno sus más bellos recuerdos, y el otro sus más dulces esperanzas.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO

PASADO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Cuando, para comprender la grandeza del nacimiento de María, consulto los anales del tiempo pasado, reuniendo todos los títulos gloriosos que han precedido á este nacimiento, hallo que la Virgen, concedida hoy á la tierra de Judá, fué anunciada por los Profetas en los primeros días del mundo; que recibió la sangre que circula por sus venas del más noble y más ilustre origen; que fué santificada antes de nacer; y por último, que debió la vida á un milagro. Las cuatro circunstancias que acabo de indicar, como precedentes del nacimiento de María, nos hacen comprender toda su grandeza.

Antes que el hombre hubiese caído en pecado, puso Dios su pensamiento en el Redentor que había de enviarle, y por consecuencia, en la Virgen que había de darle á luz. Reo ya Adán, permanece aún en el Paraíso, desesperanzado y cubierto de confusión, aguardando la sentencia que va á castigar su rebeldía. La sentencia será terrible; pero el nombre de una Virgen viene mezclado en ella, derramando sobre los dolores del primer padre inefables consolaciones. Escuchad la palabra de Dios, y advertiréis cómo anuncia á la serpiente la guerra que ha de declararse entre ella y el Hijo de la Mujer, y cómo la Mujer un día ha de quebrantarla la cabeza. *Ipsa conteret caput tuum.* (GEN. III, 15). De modo, cristianos oyentes, que la gloria más singular de María es el haber sido anunciada al mundo al mismo tiempo que el Salvador, y el haber sido con El el objeto primordial de todos los vaticinios.

A medida que se desenvuelven los siglos, vienen á ser más numerosas y claras las profecías. David nos habla de María, mostrándonosla como olvidada de su niñez, de su pueblo y de la casa de sus padres para consagrarse al Rey de los reyes, y en premio de este generoso sacrificio, Madre de un Hijo que debía ser Príncipe de toda la tierra. Cada una de las mujeres más célebres del Antiguo Testamento está encargada de representar un rasgo característico de María: Sará significará, aunque de un modo imperfecto, su milagrosa fecundidad; Judit, su castidad y fortaleza; Ester, su humildad y caridad. Llega, por fin, el tiempo en que cae el velo de las figuras. Déjase ver Isaías, y para terminar el cuadro diseñado por sus predecesores, reúne los rasgos más discordes en apariencia, enseñándonos que la Virgen será Madre, y que el Hijo de la Virgen será Dios.

Decidme, H. M., si el nacimiento de una criatura que los siglos han anunciado de esta manera, puede ser un nacimiento ordinario. Parece escuchar cómo la larga serie de Patriarcas que la fe había alumbrado con sus vivos resplandores, junta en su deseo la venida de la Virgen y la del Redentor, pidiendo con unos mismos suspiros el

nacimiento del Hijo y el nacimiento de la Madre. Imagínome oír á los ángeles, iniciados en los secretos de las maravillas del Altísimo, saludar con conciertos de júbilo el momento en que, mostrándose María, les anuncia la aparición de Jesús. A este primer título de gloria viene á juntarse otro de positiva importancia.

Entre todas las naciones de la tierra hay una á quien el Cielo ha favorecido más. Millares de prodigios obrados en su presencia y por causa de ella, la han hecho saber que es por excelencia la nación santa, el pueblo elegido, la generación bendita del Señor. En este pueblo hay dos familias más ilustres que las otras, las cuales conservan cuidadosamente la genealogía de sus antepasados, y mantienen pura la sangre que de ellos recibieron. Una de estas familias empuñó el cetro, y la otra pertenece á la clase sacerdotal; una dió Príncipes á Judea, otra Pontífices al pueblo de Dios. Por un rasgo señalado de la Providencia, estas dos familias se unen, y el fruto de esta unión es María. Así es como la Santísima Virgen junta en sí la gloria de dos progenies ilustres, heredando á un mismo tiempo el Sacerdocio y el Imperio. Sin detenerme ahora en examinar si la casa de Judá había perdido el cetro que por tan largo espacio poseyera, reconoceré de buen grado que había descendido del trono; pero adquiriendo, en cambio del esplendor ordinario del poder, el esplendor mucho más grande del infortunio. Hé aquí, C. O., la prosapia de la Hija de bendición cuyo nacimiento celebráis. De este modo, la nobleza de sus antecesores vino á añadir una nueva gloria á las glorias que resultaban á María de su pasado.

Dije, no há mucho también, que el Cielo había obrado un prodigio para dar al mundo esta preciosa Niña, por cuya razón era María hija de milagro. La tradición católica nos enseña que la madre de María Santísima era estéril y de avanzada edad. Hacía mucho tiempo que San Joaquín y Santa Ana habían perdido la esperanza de dar á Israel el Salvador, ignorando, por lo mismo, que la Madre del Mesías había de ser una hija de ellos. Así es que, resignados á la Voluntad Soberana, aguardaban en paz el término de su peregrinación, consolándose con las santas prácticas de piedad, de no haber podido ser contados un día entre los progenitores de Jesús. Sin embargo, el Señor había puesto sus ojos en la humilde morada de este matrimonio, y por su querer omnipotente, la anciana estéril fué madre. Dios, que glorificaba de este modo, anticipadamente, el nacimiento de María, se propuso, como dice San Juan Damasceno, preparar á los hombres con este primer milagro, al milagro que había de obrar más adelante.

Pero todo esto es poco aún. Preparaos á escuchar el gran privilegio de la Natividad de María. Entre los demás hombres, el día del nacimiento que reanima el gozo general, debería, por el contrario, despertar un intenso dolor; porque ese día es aquel en que el hombre, concebido en iniquidad, nace en pecado. Sus primeras lágrimas depoen contra la alegría de los demás, enseñándoles que nace hijo de

cólera, y que desde el primer día es enemigo de su Dios. No sucede esto, ciertamente, con María. Fué concebida sin mancha, y por lo mismo que no nace en pecado, no tiene por qué derramar lágrimas al ver la luz. Cada instante que se desliza, desde su dichosa Concepción, hasta el día en que la manifiesta al mundo, ha visto el Señor, santamente celoso de enriquecer esa alma que creó con complacencia, añadirse sin cesar á la primera gracia que la concedió, nuevos favores y nuevas bendiciones. ¡Oh cristianos! ¡Cuán hermosa es la Niña que aparece! Contemplad su corazón: aunque le veáis formado como el de los demás mortales, en vano buscaréis en él la más leve huella de la culpa original que nos ha sido transmitida en funesta herencia y que recibimos sobrado bien. María flotará, dentro de su cuna, sobre este torrente de corrupción que inunda á la tierra, libre de que las copiosas aguas de la iniquidad la traguen. Su alma, ya antes de su nacimiento, es trono de Dios, santuario de la beatísima Trinidad; hállase hermoseada por la gracia y llena de méritos que aumentan cada día. Me atrevería á decir que con sus perfecciones podrá hacer que el que ha de ser su Hijo no eche de menos el Cielo.

Hagamos alto aquí, H. M., un instante; la admiración nos tiene fatigados; tomemos aliento al pié de la santa cuna de María, felicitándola por la grandeza de su nacimiento. Si lo que precedió á él nos ha hecho ya formar alto concepto de esa grandeza, comprenderemos toda su gloria considerando lo que ha de seguir al mismo nacimiento.

PUNTO SEGUNDO.

PORVENIR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Cosa es admitida entre los hombres, que se ha de apreciar el nacimiento de un niño en vista de la fortuna que el porvenir le promete, y del destino más probable que le aguarda. Cuando los padres pobres procrean un hijo, á quien no pueden dejar otro legado que su miseria y oscuridad, el nacimiento de este niño queda ignorado de los hombres, los cuales no suelen fijar su atención, ni en la cuna ni en el sepulcro del desgraciado. Pero cuando el niño que acaba de nacer es continuación de una familia rica y poderosa, y viene encargado de transmitir á la posteridad un nombre que sus predecesores hicieron célebre; cuando trae derecho á empuñar un cetro, y á gobernar una nación, entonces su nacimiento es causa de júbilo para muchos; la voz de la fama lo publica por el orbe, y las naciones no tardan en saber que ha nacido un nuevo Príncipe.

Aplicad ahora, H. M., esta observación al sujeto que nos ocupa, y decidme si debió ser grande el nacimiento de una niña, que un día había de ser gloria del Cielo, esperanza de la tierra, terror del abismo, Madre, en fin, de Dios.

Si me representase á algunos ángeles bajando de sus altas regiones para asistir al natalicio de María, me los imaginaria formando como una guardia alrededor de su cuna, extendiendo sus alas para proteger el sueño de la inocencia, y contemplando con amor y complacencia la grande obra del Todopoderoso. Admirado de tan exquisita solicitud, les preguntaría como en otro tiempo los padres de San Juan Bautista: *¿Quis putas puer iste erit?* ¡Ah! me responderían: esta niña que acaba de nacer, es nuestra Reina. La corona que debía llevar en este mundo, se marchitó antes de ceñírsela; pero se la guarda en la Patria celeste una corona inmortal. La riqueza del trono ha sido reemplazada por una honrosa pobreza; mas el Señor ha derramado en su alma los tesoros de su gracia. Esta Reina no tiene palacios, pero el Cielo es su morada; el Cielo, del que un día será ornamento y gloria; porque subirá á él sobre las encendidas alas de los serafines, y hará su entrada en medio de las unánimes aclamaciones de un pueblo ebrio de alegría, á quien causarán admiración las virtudes más puras y perfectas.

Esto me parecería escuchar de boca de los ángeles; pero yo, además de reconocer en la cuna de María la gloria venidera del Cielo, veo que también encierra todas las esperanzas del mundo. Tiempo vendrá en que el justo, para alcanzar la perseverancia, invocará á María; á María llamará también el pecador desde el hondo del abismo, y las voces de uno y otro serán oídas. La Iglesia en los días de tempestad volverá sus ojos á María, y María protegerá la barca de San Pedro, aquietando las olas. Si la peste viene, trayendo la muerte al seno de las naciones cristianas, la Reina del Cielo traerá la consolación á los afligidos que la invoquen, presentando sus plegarias ante el Trono del Omnipotente, y alcanzando que el ángel de la muerte envaine de nuevo su sangrienta espada. Si los enemigos del Señor y de su Cristo amenazan hundir nuestras regiones en la esclavitud al mismo tiempo que en la barbarie, María será también auxilio de los cristianos, peleando por ellos hasta vencer al enemigo. En una palabra, mientras en la tierra que habitamos haya dolores que calmar, padecimientos que aliviar, peligros que conjurar, desgraciados que socorrer y hombres á quienes amar, María desempeñará estos oficios tan dulces y queridos para su corazón, porque hoy viene al mundo para ser esperanza de la tierra.

Pero ¿qué es esto? Oigo gritos lejanos y sollozos de desesperación. ¿Habrá, por ventura, algún desgraciado para quien el nacimiento de María no sea causa de júbilo? ¿Acaso este día, que anuncia la felicidad de la tierra, hará también derramar lágrimas? ¡Ay, H. M.! María es buena, y porque lo es, tiene enemigos. Hay un pueblo que está expiando una insurrección tan antigua como el mundo, en medio de dolorosas penas; penas que tienen que ser tan largas como la eternidad. Para esa nación maldecida no hay otra felicidad que hacer cómplices de su crimen y compañeros de su desventura. El caudillo de ese pueblo no ha olvidado que una mujer ha de aplastarle la cabeza;

pero quizás hubiera creído que aquella sentencia del Omnipotente no se llevaría á ejecución; quizás en su orgullo haya pensado que el brazo del Excelso no sería bastante poderoso para crear la mujer que triunfase del infierno; mas ahora ya un secreto presentimiento le dice que esa mujer acaba de venir al mundo. Al comprenderlo así, al sentir que su trono se estremecía, al prever que no tardará en ser precipitado de nuevo á los infiernos, empieza á desengañarse de que la palabra del Todopoderoso es infalible.

Si María, H. M., ha de ser á un mismo tiempo gloria del Cielo, esperanza de la tierra y terror de los demonios, es porque Dios quiere hacerla Madre de su Hijo. De María, en efecto, nacerá Jesús. Esta frase lo dice todo, pues que expresa el más grande de los destinos que el porvenir prepara á la Niña á quien honráis.

¡Ah! Si me decís que María ha de ser Madre de Dios, no necesito alegar en elogio suyo otros títulos de gloria. No me habléis ya ni de los oráculos que la anunciaron, ni de la sangre real que corre por sus venas, ni de los privilegios que la fueron otorgados antes de nacer. *Pariet Filium, et vocabis nomen ejus Jesum.* (LUC., I, 31). Ha de dar á luz á Jesucristo: aquí está toda la gloria de María. Estampad estas palabras en la cuna de la Santísima Virgen, y haréis comprender toda la grandeza de su nacimiento.

PUNTO TERCERO.

DIFERENCIA ENTRE EL NACIMIENTO DE MARÍA SANTÍSIMA
Y EL DE LOS HOMBRES.

¡Ay, H. M.! ¡Cuán diferente es el nacimiento de María del nuestro! Manchados con el crimen que recibimos en herencia, somos culpables antes de ver la luz. Con la sangre del primer hombre, pasa á nosotros una lepra inevitable. ¡Nacemos en pecado! María, al contrario, nace en gracia. Exceptuada del pecado original, en fuerza del privilegio de su Concepción, es desde el primer instante de la vida la amada de Dios, no necesitando esfuerzo para dirigirle su primer mirada, ni para expresarle su afecto con el primer latido de su corazón. Aproximáos á la cuna donde descansa la Niña, á quien duermen los ángeles al són de dulces armonías, y veréis como aquí no se derraman lágrimas, ni se oyen sollozos. Siendo propios el llanto y el dolor de los niños pecadores, María está libre de ellos, no habiendo sido nunca pecadora.

Contemplad, respetando el sueño de la inocencia, ese rostro que un día hará el gozo de los ángeles y el ornamento del Cielo; esa frente en la que no está impresa la señal de maldición, con que estamos marcados todos los que somos hijos de ira; esos ojos que van á

abrirse á la luz, en los cuales la modestia será como el espejo del pudor; esa boca en la que el Hijo eterno del Altísimo vendrá más adelante, hecho tierno infante, á dejar y tomar de ella castísimos ósculos.

Contemplad con amor y respeto, como en otro tiempo el padre que dió su sangre por el Dios que su Hijo predicara, contemplad ese pecho, venerable santuario donde se ocultan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, donde se complace en habitar la divinidad con la plenitud de sus perfecciones, y donde, andando el tiempo, la misma divinidad morará corporalmente. ¡Oh santo nacimiento de María, triunfo de la gracia! ¿Quién nos dará que os celebremos dignamente? ¿Quién pondrá en nuestros labios un cántico bastante puro, para expresar los sentimientos que despertáis en nosotros, y para celebrar el día en que la Santísima Virgen nace para la gracia?

No lo he dicho todo aún, A. H. M. Es poco haber nacido en pecado, si es que puedo explicarme así; todavía después de nuestro nacimiento, y por una consecuencia deplorable de él, no tardamos en añadir al pecado original otros pecados voluntarios. No abandonamos la cuna, sinó para emprender el camino de la maldad, saboreando ya las más crueles dulzuras antes de haber tocado con los labios la copa de la vida, y balbuceando con nuestra inhábil lengua las primeras palabras que son ya un insulto para Dios que nos crió. María, por el contrario, como nacida para la gracia, conserva también la gracia para podernos dar al Autor mismo de ella. Sí; María, cuyo natalicio celebráis, conservará por toda su vida el precioso tesoro de gracia que le fué concedido en el primer día de su existencia. No temáis, que ni la inexperiencia y debilidad de los años juveniles, ni los transportes y violencia de las pasiones, ni la seducción y peligros del mundo, escollos contra los cuales tantas veces se estrellan nuestra impotente virtud, perjudiquen á la santidad de María. Los evitará con el auxilio de Dios, conservando la gracia que recibió en su nacimiento; ¿qué digo conservar? La aumentará cada día. Sí; cada día se la verá, por medio de una fidelidad constante, enriquecer su corona, y adelantar en la virtud. Cada día sacará de la humildad, de su amor al retiro y al trabajo, del recogimiento y del fervor, nuevos méritos y perfecciones nuevas.

Así es como se dispondrá á darnos un día el Autor de la Gracia; porque María nace hoy para ser, andando el tiempo, Madre. Ya sabéis el secreto de su nacimiento; ya podéis comprender que, si los Cielos y la tierra la celebran con alegres conciertos, es porque la niña que hoy nace tendrá por Hijo á Dios. Si los ángeles velan cariñosamente en derredor de la pobre cuna de Nazaret, es porque esa cuna encierra todas las esperanzas y todas las delicias. Si desde lo alto de su tabernáculo inaccesible, la Trinidad beatísima envía á la tierra una mirada de complacencia, es porque la tierra, hecha fecunda por esa divina mirada, da una Hija al Padre Eterno, una Madre al Hijo, y una Esposa al Espíritu Santo. ¡Oh excelsa Virgen! Mostraos ya al Universo que os aguarda. En vuestro nacimiento volverán á empezar aquellos

dichosos siglos que vieron deslizarse tan rápidamente la infancia del mundo. ¡Ah! Creced á cubierto de los hábitos emponzoñados, bajo el humilde techo de vuestros santos padres, y en la práctica de las más santas virtudes, hasta que venga el día, si los vaticinios dijeron la verdad, si la palabra del Señor ha de realizarse, si su voluntad omnipotente ha de cumplirse, en que seáis Madre de Dios. Renovemos, pues, en este instante, H. M., los sentimientos de la más tierna devoción á María. El cumpleaños de una madre recuerda á los hijos la ternura que les profesa, y los bienes que la deben. Hijos é hijas de María, si habéis olvidado que fué siempre para vosotros una excelente Madre, acordaos hoy, á lo menos, de las gracias que obtiene para vosotros, y de los favores que os otorga, y para satisfacer la deuda de reconocimiento que os exige, trabajad con santa energía en copiar con la exactitud posible sus virtudes. Ya que nuestro nacimiento no se parece al suyo, que nuestra vida, por lo menos, sea semejante á la suya; que nuestra conducta sea para nuestros hermanos motivo de edificación, recordando al mundo los ejemplos que María les suministra, y también para nosotros prenda segura de las eternas recompensas. Aunque fuimos concebidos en pecado, el Bautismo nos volvió pronto la gracia que habíamos perdido; conservemos, pues, este sagrado depósito, como la Virgen Santísima conservó el inestimable privilegio de su nacimiento. Huyamos hasta de la sombra del mal; vigilemos con una fidelidad constante; invoquemos con frecuencia á aquella cuyas alabanzas cantamos aquí bajo; para que su protección, sosteniendo nuestra flaqueza y auxiliando nuestros esfuerzos, nos merezca la dicha de reinar con María eternamente.

En conclusión, pregunto: ¿Qué fruto debéis sacar, H. M., de esta santa solemnidad? Dos, acerca de los cuales os dejo tiempo para meditar, ya que los límites de esta exhortación no me permiten desenvolverlos ahora. María vió su cuna cubierta de la más brillante gloria; el pasado y el porvenir la cercaron de esplendor; y á pesar de esto, supo conservar durante su vida, y en todas ocasiones, la más profunda humildad. En el primer día de su existencia recibió del Cielo las más abundantes gracias, los más preciosos favores; y sin embargo, María veló constantemente para aprovecharse de las celestiales misericordias, y acrecentar con la fidelidad su riquísimo tesoro. Tales son los beneficios que debemos demandar al Cielo: el de la humanidad, por grandes que sean nuestros títulos de gloria; el de la fidelidad á la gracia, por muy favorecidos que hasta aquí nos hayamos visto. Si pedimos estos favores por intercesión de María, de seguro seremos escuchados.

IMITACIÓN DE BIROAT POR UN CONTEMPORÁNEO.